

EN ESTE NUMERO:

- PARA CONFIGURAR NUESTROS FUTUROS SEMINARIOS, por Ramón Cermeño Mesonero (pp. 5-9).
- AL HILO DE LAS HORAS, por Víctor Manuel Arbeloa (pp. 14-15).
- REFORMA LITURGICA, CALENDARIO Y LIBROS NUEVOS, por Salvador Blanco Piñán (p. 32).

Editorial

IGLESIA CATOLICA Y UNIVERSAL

ENTRE los muchos defectos que nuestra Iglesia, tan vilipendiada por sus propios hijos en estos últimos tiempos, tenía, no figuraba ciertamente el de la falta de universalidad. Puede afirmarse que no existía, ni existe aún hoy en el mundo, institución alguna con tal movilidad de personas, de ideas y de recursos. Sin intentar una enumeración científica, antes ciñéndonos tan sólo al ámbito de los recuerdos de un sacerdote español o hispanoamericano de edad media, recordaríamos la movilidad de personal de las Ordenes y Congregaciones religiosas llevando a sus miembros de parte a parte del mundo; la ingente movilización de hombres y recursos que suponía la Obra misional; la presencia habitual de sacerdotes y religiosos extranjeros, pues si en España acogimos a portugueses y franceses expulsados de sus países, a Bélgica fueron los jesuitas españoles durante la República, o cambiando de república a república, fueron subsistiendo las órdenes religiosas en América, al compás de los cambios políticos de cada una. Recordamos haber vibrado por la persecución de Calles en Méjico o haber rezado por las elecciones de Francia, o tenemos ante los ojos la abigarrada composición multinacional de cualquier comunidad de Hermanitas de los Pobres. Mientras los centros del Estado ofrecían a sus alumnos únicamente textos nacionales, los Seminarios los utilizaban de los más diversos países, y las revistas eclesiásticas se caracterizaban, gracias al latín, por un público multinacional cuando aún esto apenas se daba en el orden civil. Cuando no existía un solo colegio extranjero en España, los había en el orden eclesiástico, los de Irlandeses, Escoceses e Ingleses, fruto de una espontánea y vivaz cooperación con el perseguido. Y ninguna Universidad del mundo aventajaba a la Gregoriana en la diversidad de origen de sus estudiantes, ni al Colegio Urbano por lo exótico de su alumnado. Un sacerdote podía presentarse a celebrar misa en los Andes o en Sanghai, seguro de poder acertar aún en el más mínimo gesto.

Esta internacionalidad no era cosa de los últimos tiempos. Antes nos sorprende lo rápidamente que se impuso en la Iglesia naciente, y cómo se ratificó en la Edad Media. Un San Martín, yugoslavo, obispo de Tours; un esmirnense como San Ireneo, en Lyon, no son más que un anticipo de los obispos franceses en las sedes españolas reconquistadas, o de los tres obispos portugueses de esta Salamanca en que escribimos. La Iglesia entendió siempre que no tenía sólo que ser católica por vocación y como nota teológica, sino universal de hecho. Y empujó a los misioneros más allá de los límites del mundo conocido. Y se creyó con derecho, o más bien, con obligación, de aprovechar sus mejores hombres poniéndolos en puestos de responsa-

bilidad sin estrechos criterios de origen o nacionalidad. Ayudarse unas a otras las Iglesias locales con recursos humanos, de dinero o de ideas era algo que parecía exigido por la misma naturaleza de la Iglesia.

Pero he aquí que cuando esto había llegado ya a la Sociedad civil, que, imitando tardíamente a la Iglesia, se organizaba a escala internacional en las uniones de Estados, tipo Mercado Común, con libre circulación de hombres, mercancías y dinero; cuando las compañías multinacionales tomaban sus mejores técnicos y los enviaban a la otra punta del mundo, porque allí era donde hacían falta, cuando la superación del nacionalismo parecía alcanzar la cúspide... empieza a surgir un estrecho nacionalismo eclesiástico.

Recordemos la crisis de las Misiones porque «bastantes misiones tenemos aquí»; evoquemos las críticas a la ayuda sacerdotal y religiosa a América; pongamos ante nuestros ojos la enemiga a la Curia Romana, expresión hoy de la universalidad de la Iglesia; la ofensiva contra las Nunciaturas y las representaciones pontificias, engarce práctico, y no puramente teórico, con la Iglesia universal; pensemos en las nuevas teologías con adjetivo de país o continente, pretendidamente vinculadas algunas a culturas... que ni siquiera conocieron la escritura; examinemos algunas extrañas comunidades de base cuya «apertura» es un replegarse sobre sí mismas, excluyendo tajantemente a quien no comulga con sus puntos de vista o no forma parte de su minúsculo grupo; revivamos en nuestra memoria los extraños criterios, pretendidamente tradicionales, que quieren impedir todo trasvase de personas, incluso para algo tan tradicional como proveer una sede episcopal, condicionándolo a una pertenencia, no ya al país, sino incluso al mínimo radio de menos de un centenar de kilómetros en torno a la sede provista...

Duele, porque va contra una de las cosas más hermosas que tenía la Iglesia. Duele también porque va contra una de las notas más atractivas del mundo moderno. Hemos visto nacer el patriotismo europeo en la juventud y estamos viendo renacer el más estrecho provincianismo eclesiástico en algunos sectores del clero y de los fieles.

Alcemos la voz. Y repitamos con fuerza y convicción que queremos una Iglesia que por católica sea universal, cada vez más abierta, más amplia, más libre, donde todos nos sintamos unidos. Y renunciemos a disfrazar, bajo palabras desusadas pero de contenido bien conocido, el estrechamiento de miras de un provincianismo que, si siempre fue absurdo en la Iglesia, lo es mucho más en vísperas ya del siglo XXI.